

EL NACIMIENTO DE LA CIUDAD DE ÁVILA. NUEVOS DATOS A PARTIR DE LAS CERÁMICAS DEL MERCADO GRANDE

JAVIER QUINTANA LÓPEZ*
INÉS CENTENO CEA**
ROSA RUIZ ENTRECANALES***

Resumen:

La intervención arqueológica desarrollada en la plaza del Mercado Grande de Ávila permitió documentar en uno de sus sectores una amplia secuencia estratigráfica, de especial relevancia y para los momentos más tempranos de la ciudad. En este artículo, primero de una serie de tres, presentamos las cerámicas de mesa de los niveles más antiguos, los cuales nos han permitido precisar el origen de *Obila* dentro del siglo I a. C. y aportar nuevos datos a la discusión sobre las características del asentamiento original.

Abstract:

The archaeological excavation in the Mercado Grande's Square of Ávila has allowed us to document in a particular sector a large stratigraphic sequence, which is relevant for the earliest time of the town. In this article, the first one of three works, we present the pottery service from the oldest levels. Starting from these data, we can determine the *Obila's* origin in the 1st century b.C. and add new information for discussion about the characteristics of the original settlement.

* Alacet Arqueólogos, S.L.

** Universidad de Valladolid.

*** Ayuntamiento de Ávila.

1. Introducción

Entre los meses de marzo y junio de 2001 el ayuntamiento de Ávila acometió la reforma de la plaza de Santa Teresa o del Mercado Grande, espacio extramuros de la muralla medieval y alledaño a la puerta del Alcázar de su recinto, que al menos desde época medieval ha desempeñado un papel privilegiado dentro de la ciudad al ser sede del mercado principal y lugar de fastos y actos públicos de todo tipo. La amenaza que para el depósito arqueológico suponía la inmediata construcción de un aparcamiento subterráneo motivó que desde el Ayuntamiento de Ávila diseñáramos una intervención arqueológica en todo este espacio (Ruiz Entrecanales, 2003). Bajo esa dirección, la ejecución práctica de la excavación fue realizada por el personal técnico de Alacet Arqueólogos, empresa contratada para este fin por la constructora adjudicataria de las obras (ACS, proyectos, obras y construcciones).

La intervención, que brevemente presentamos tras estas líneas introductorias, deparó en algunos de los sectores de la plaza una estratigrafía bastante completa, cosa excepcional en el panorama de la arqueología urbana abulense, que en particular ofrecía datos muy interesantes de la época romana, posiblemente desde los mismos momentos de la fundación del hábitat, y de la etapa pleno y bajomedieval. Estos niveles entregaron una ingente cantidad de artefactos, sobre todo cerámicos, cuyo valor para el conocimiento de la arqueología de la ciudad no pasó por alto a la dirección de la excavación, consiguiendo que el ayuntamiento habilitara una partida especial para realizar un estudio detallado de los materiales. Este trabajo fue encargado a Alacet Arqueólogos, responsabilizándose Pedro Javier Cruz Sánchez de los restos correspondientes a la etapa medieval y postmedieval (Cruz Sánchez, 2003). Para los materiales de los niveles basales quisimos contar con la ayuda de una especialista en el mundo romano, aceptando Inés Centeno Cea nuestra invitación, por lo que el estudio fue realizado en conjunto por esta investigadora, ligada a diversos proyectos de la Universidad de Valladolid, y por otro de los firmantes de este artículo (Quintana, Cruz y Centeno, 2001).

Un primer fruto de ese amplio estudio ha sido recientemente publicado por el Ayuntamiento de Ávila con una finalidad eminentemente divulgativa (VV.AA., 2003). Debido a esa orientación la parte dedicada a la secuencia romana fue “descargada” de todo el aparato arqueográfico para insistir más en las conclusiones de carácter histórico (Centeno y Quintana, 2003), pero desde un principio los autores nos sentimos obligados a dar salida a esa parte entonces relegada, y ello porque hoy por hoy prácticamente supone el primer análisis de las producciones de época romana de Ávila a partir de materiales estratificados, o al menos a partir de un secuencia suficientemente completa, por lo que, al margen del significado que tengan dentro del marco regional o peninsular, puede constituirse en un referente para futuras excavaciones en la ciudad.

Dado que el amplio lote de piezas analizado trascendería el volumen habitual de un artículo, hemos dividido el trabajo en tres partes que iniciamos con esta, dedicada a la cerámica de mesa de los niveles más antiguos y que pese a ser el conjunto más reducido resulta sumamente interesante porque nos permite acercarnos a la misma fundación de Ávila. Seguirán, en sucesivas entregas, el estudio de las cerámicas de mesa de los niveles romanizados, lo que nos sitúa en una ciudad que progresivamente se va abriendo a los circuitos comerciales del Imperio, y el análisis de las cerámicas comunes de cocina, almacén y transporte obtenidas en la secuencia.

No nos queda sino agradecer al Ayuntamiento de Ávila la oportunidad que nos brindó sufragando primeramente los gastos del estudio de los materiales, publicando luego las conclusiones principales de ese estudio en una edición divulgativa (VV.AA., 2003) y autorizándonos ahora a dar salida a esta parte más técnica del trabajo. Tampoco olvidamos al personal del Área de Arqueología de la Universidad de Valladolid, en especial a los doctores Santiago Carretero y María Victoria Romero por orientarnos en el estudio de las piezas más conflictivas. El agradecimiento a esta última investigadora es doble porque gracias a ella y al equipo del Área de Cristalografía y Mineralogía pudimos realizar análisis de las pastas cerámicas, lo que nos ha aclarado el origen de varias de las producciones y, por tanto, lo nexos comerciales de la ciudad con otras zonas del imperio. Obligado es, por último, recordar que sólo el buen hacer de los técnicos de Alacet Arqueólogos que participaron en los trabajos de excavación y estudio nos han permitido redactar estas líneas¹

2. Presentación de la excavación

Tal como hemos dicho, la plaza de Santa Teresa o del Mercado Grande se localiza inmediatamente al este del recinto medieval, justo enfrente de la puerta más monumental, la llamada del Alcázar porque comunicaba con la fortaleza que ocupara el ángulo sureste de la ciudad encastillada (Fig. 1). Se trata de un amplio espacio abierto que parece mantener tal carácter al menos desde su nacimiento en época medieval, pues las fuentes documentales siempre lo refieren como plaza o coso donde se celebran corridas de toros, se corren caballos y realizan fastos, paradas militares e incluso autos de fe, pero el uso fundamental es el que hoy mantiene su nombre: servir de lugar principal para el comercio de mercaderías de todo tipo (Ruiz Entrecañales, 2003; Sanchidrián Gallego, 2003).

Hasta el momento de realizar esta intervención, ese carácter de espacio público ha motivado que esta gran plaza quedara libre de las importantes remociones que las obras han provocado en el resto del casco histórico, donde son ciertamente infrecuentes los solares que conservan estratos romanos inalterados. En este escenario, la obra del aparcamiento subterráneo programada suponía el vaciado no sólo de la plaza sino también de la manzana que la cerraba por su flanco meridional, afectando a más de 7.600 m². Dada la magnitud de la superficie, se programaron tres fases de trabajos, la primera se concretaba en la apertura de diversos sondeos y zanjas con el fin de conocer la estratigrafía global de la plaza. La segunda implicaba la excavación en área de aquellos sectores que conservaban niveles arqueológicos no alterados. El resto del área de trabajo sería objeto de un control arqueológico, de tal manera que en todo momento el vaciado del solar estuviera controlado por el personal técnico de la excavación (Ruiz Entrecañales, 2003).

El plan definitivo se estableció partiendo de una división del espacio en tres sectores adecuados tanto a su potencial arqueológico como a sus características físicas. El primero abarcó el flanco meridional de la plaza, hasta fecha reciente solar de una serie de edificios distribuidos entre la propia plaza y las calles Dean Castor Robledo, Pilón de Las Bestias y Circuito de San Pedro. El Sector 2 fue el de mayores dimensiones, pues comprendía todo el

¹ Oscar Andrés Alonso Gregorio, Luis Miguel Villadangos García, Pedro Javier Cruz Sanchez, Soledad Estremera Portela, Agustín Rodríguez Teresa y Eduardo Sanz Díez.

centro de la plaza. Finalmente, el 3 abarcaba la parte oriental, es decir, la zona inmediata a la portada de la iglesia de San Pedro (Fig. 1).

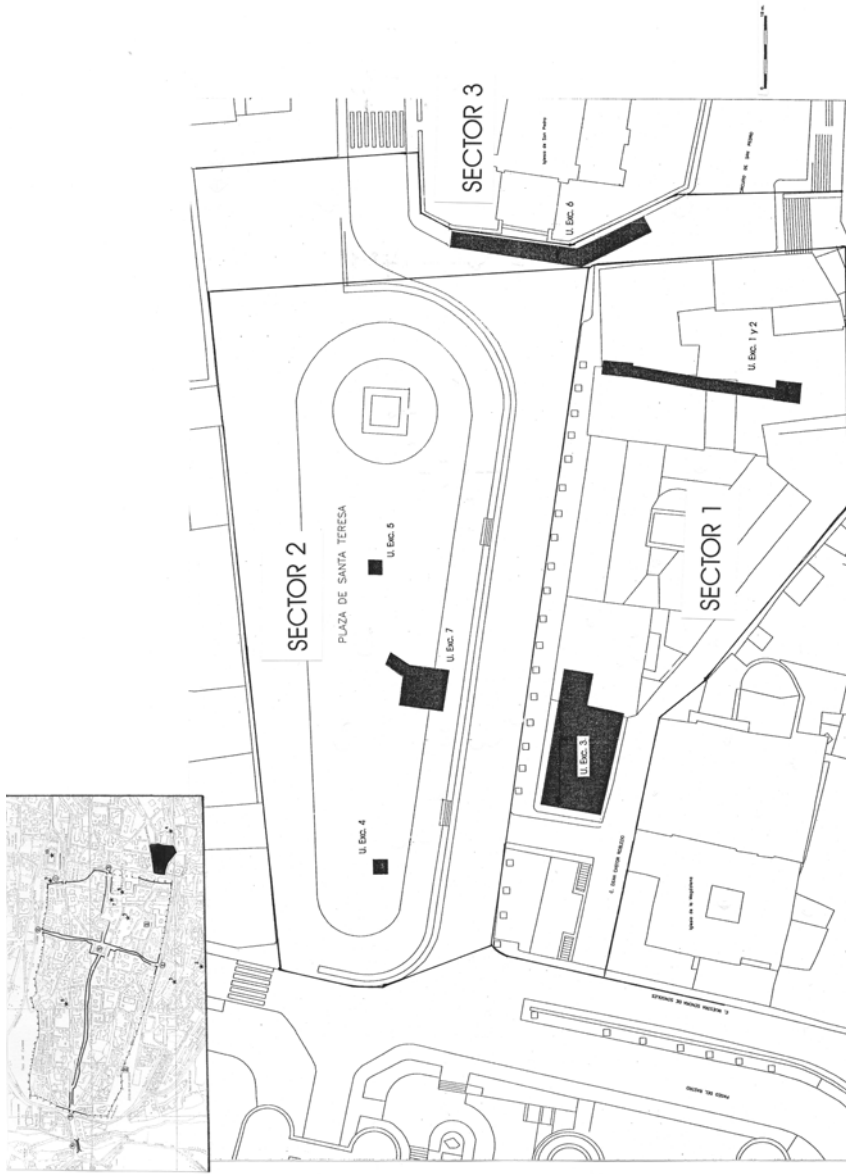


Fig. 1. Sectores y unidades de excavación en la plaza del Mercado Grande. En detalle, ubicación de la plaza respecto al plano de la ciudad romana y los principales hallazgos de esta época, según Mariné (1995: fig. 103).

En total la excavación arqueológica ha explorado algo más de 400 m², a los que hay que sumar el seguimiento llevado a cabo en el resto de la plaza. En concreto se establecieron un total de siete unidades de excavación, las numeradas del uno al tres dentro del sector 1, las siguientes hasta el siete en el sector 2 y la número seis en el sector 3. De estas, tres dieron lugar a la excavación en área, todas ellas situadas dentro del sector 1. Así, las unidades 1 y 2, ubicadas en el solar situado en la esquina sureste de la plaza, que tenía como límites la propia plaza, el circuito de San Pedro, la calle Pilón de las Bestias y, hacia el oeste, el solar central de la manzana, que albergó la Caja de Ahorros de Ávila y que ya había sido vaciado hasta el nivel natural, permitieron detectar los restos de una misma estructura, una atarjea de piedra de época moderna y contemporánea, lo que nos llevó a excavar en área toda la zona intermedia, más de 100 m² en conjunto.

La unidad 3, inicialmente dispuesta en el otro extremo de la manzana, en lo que fue el sótano del edificio situado al este del de la entidad bancaria, frente a la puerta de la iglesia de La Magdalena, tuvo unas dimensiones originales correspondientes a un pequeño sondeo de 9 m² que se convirtieron en más de 170 m² al finalizar los trabajos, aprovechando así todo el espacio no modificado por las recientes construcciones (Fig. 1) (ibídem). Este sondeo es el que ha proporcionado la estratigrafía más completa, aquella que nos lleva desde los mismos orígenes de la ciudad hasta nuestros días, por lo que su descripción centrará el discurso de las páginas siguientes.

3. La historia soterrada: la estratigrafía romana del Grande²

Por lo que se refiere a la secuencia romana, tan sólo debemos señalar la presencia de un somero nivel conservado en la base de una de las unidades del sector central de la plaza, pero que nada nuevo aporta a la lectura que podemos hacer a partir de la unidad número tres. En efecto, en esta amplia área se distinguieron un total de ciento setenta y seis unidades estratigráficas, que tras el proceso de periodización han quedado agrupadas en cuarenta y una fases estratigráficas, englobadas a su vez en seis grandes periodos crono-culturales, correspondientes los dos primeros a los momentos tratados en este artículo (Fig. 2).

Por encima del nivel natural, constituido por un depósito de arenas gruesas y limpias procedentes de la degradación de la roca granítica de sustrato y que presenta en esta zona de la plaza un buzamiento general en sentido oeste-este y sur-norte, encontramos los restos de la ocupación romana, dentro de la cual hemos distinguido dos subperiodos, el superior plenamente hispanorromano y el inferior que nos lleva a la misma fundación de la ciudad. La mayor parte de las unidades estratigráficas distinguidas, nada menos que noventa y una, corresponden a ese nivel inferior y ello porque hemos documentado un gran número de superficies de intervención que se interfieren entre sí o son cortadas por subsoluciones posteriores, creando múltiples subsecuencias paralelas (Fig. 2).

Así sucede en la primera de nuestras fases estratigráficas, en la que hemos agrupado ochenta y nueve unidades que identifican diferentes acciones de excavación, cuya huella ha llegado al nivel natural, pero que se encuentran afectadas por enrasamientos posteriores, por lo que hemos perdido relaciones físicas que tal vez pudieran haber explicado el orden de

² La secuencia estratigráfica y su lectura fueron realizadas por el subdirector de la excavación, Javier Quintana López (Quintana, Cruz y Centeno, 2001).

excavación de estas superficies de intervención y acercarnos algo más a su intención primera. Como hemos adelantado, el resultado de estas acciones destructivas es un gran número de subsecuencias paralelas, la mayor parte de ellas formadas por un solo corte, adopte éste la forma de fondo de hoyo, de una gran depresión o de una zanja, pero que en ocasiones incluyen más de uno al documentarse superficies que se van cortando sucesivamente. Este hecho indica que lo que hoy vemos en la base de la estratigrafía no es el reflejo de un único momento, sino la huella acumulada de un proceso casi continuo de tallado de estructuras algo dilatado en el tiempo. Dado el estado cercenado de estas estructuras, tampoco sabemos cuáles de ellas son más recientes ni cuántas corresponden a un mismo momento (Fig. 3).

La mayor parte de los cortes han sido identificados simplemente como fondos de hoyos que conservan más o menos alzado, sin restos de revoque o preparación de las paredes en ningún caso, y con un relleno homogéneo y común para todos ellos.

De entre las explicaciones habituales dadas en arqueología a los campos de hoyos -silos, basureros, enterramientos, hornos, etc.-, las características de algunos de los materiales de su relleno -básicamente los fragmentos de molinos manuales circulares- nos induce a pensar que al menos varios de estos hoyos de medianas dimensiones pudieron servir como estructuras subterráneas de almacenamiento. Ello, claro está, si los materiales de relleno están de alguna manera relacionados con sus funciones originales, lo cual no deja de ser una hipótesis de trabajo ante la falta de argumentos arqueológicos sólidos.

Al margen de estos fondos de hoyos, al menos cinco estructuras pueden llamarse depresiones o fosas, pues superan con creces las dimensiones de los primeros, adoptando plantas irregulares cuyos bordes aparecen, en varias de ellas, desfigurados por el tallado posterior de nuevas cubetas (p.e. 372 o 3012=362). Es posible, por tanto, que su configuración actual no sea sino el solapamiento de varios hoyos o silos en un proceso continuado de excavación, aunque también estas fosas pudieran responder a funcionalidades diferentes que en este momento se nos escapan.

Asociados a ellos encontramos dieciocho “agujeros” que no superan los 20 cm de diámetro y que se identifican con asientos de postes (365, 366, o 3051, 3052, 3053, 358 y 359). Algunos de ellos parecen seguir alineamientos que insinúan los rasgos de las estructuras en las que se integraron, que seguramente resguardaron a los silos, aunque las destrucciones posteriores nos han privado de los pisos, muros y techos de esas construcciones, de modo que ahora sólo nos cabe imaginarlas (Fig. 3).

Por último, y también tallada en el nivel geológico, se identificó una posible rampa formada por una serie de surcos de apenas cinco centímetros de anchura y similar profundidad, que en número de cuatro o cinco aparecen de forma aproximadamente paralela en la zona este de la excavación (360, 3064, 3065, 3066 y 3067). Miden entre uno y dos metros de largo, aunque su desarrollo se ve interrumpido hacia el este por un hoyo y un corte general del terreno. Hacia el sur, la presencia de una cimentación de época medieval impide saber si existieron en mayor número. Estos someros surcos se tallaron de forma más o menos paralela siguiendo el apreciable declive de sur a norte que presenta el sustrato geológico. Dada su estrechez, parece descartable que se trate de roderas de carros y no se nos ocurre otra explicación que no sea la de facilitar el tránsito por la rampa natural del terreno, de manera que fuese más seguro. Si esto fuese así, debemos suponer que esta habilitación del espacio se relaciona con las estructuras de almacenamiento, por lo que sería contemporánea al menos de la fase inicial de apertura de las depresiones (Fig. 3).

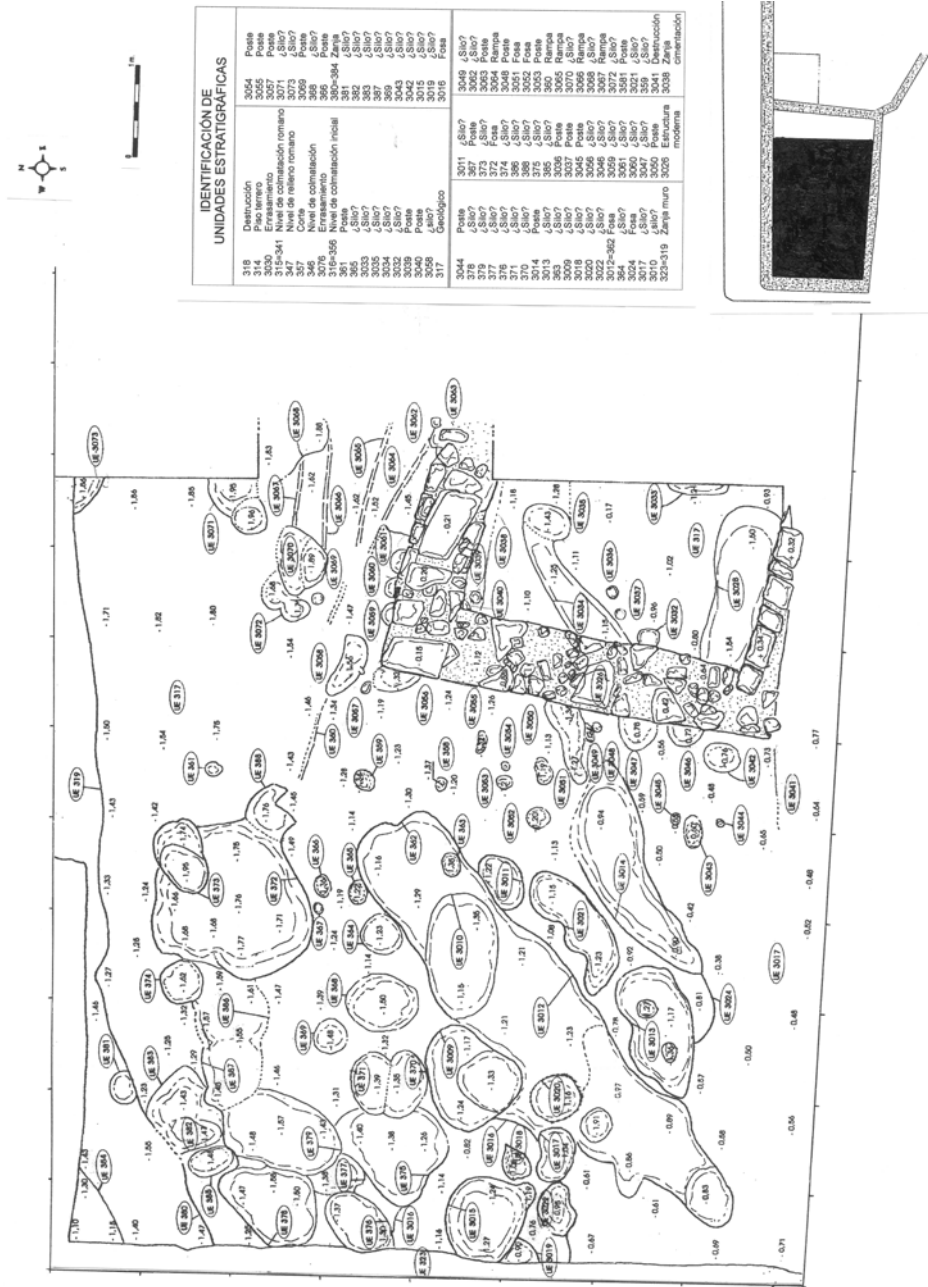


Fig. 3. Planta final del sector occidental de la unidad de excavación 3.

El arrasamiento al que será sometida con posterioridad toda esta área hace que sólo nos podamos plantear la hipótesis de lo que fue: un lugar de almacenamiento cubierto, no sabemos si de manera estable o precaria. Posiblemente en el momento de su edificación hubo otros elementos asociados que con los movimientos de tierra posteriores también han desaparecido, dejándonos esta exigua y trunca muestra de la primera ocupación de esta zona de la plaza y uno de los testimonios más antiguos, tal vez el más viejo de los hasta ahora documentados, de la *Obila* de Ptolomeo.

El relleno más antiguo de todas estas estructuras, testimonio de su amortización una vez que perdieron su función original, únicamente se ha conservado en un pequeño sector de la zona más occidental de la excavación y se trata de una capa arenosa y amarillenta producto de la degradación de las paredes y fondos de los hoyos y su mezcla con los más antiguos restos arrojados en ellos (fase 3, U.E. 316=356). Estos últimos están formados por escasos fragmentos de cerámica pintada y otros de cerámica común que nos permiten situar este estrato en la segunda mitad del siglo I a. C., como veremos más adelante (Fig. 2).

Sobre esta primera colmatación sucede el mencionado arrasamiento de la parte superior de todos estos hoyos, que responde con seguridad a una habilitación del espacio mediante su nivelación o, al menos, disminuyendo su irregularidad (fase 4, U.E. 3076) (Fig. 2).

Acto seguido se empieza a depositar una segunda capa de acumulación de naturaleza arcillosa y con tonalidad negruzca por la abundancia de materia orgánica y carbones, que incluye numerosos restos de cerámica común y pintada tardoceltibérica, pero en este caso acompañada de un elemento romano, como es un plato de engobe rojo pompeyano, de los llamados “platos legionarios”, sobre el cual nos extenderemos en el artículo de la cerámica común, pero podemos adelantar ahora que nos aporta una cronología relativamente amplia desde fechas cercanas al cambio de era hasta mediados del siglo I d. C. Este depósito (fase 5) parece responder a un aporte intencionado de tierras con basuras, un verdadero muladar, cuya formación es relativamente dilatada en el tiempo, pero que refleja a las claras que la población de la ciudad en las primeras décadas de la nueva era no presenta todavía signos claros de romanización, por más que al final de su formación este echadizo nos legue esa pieza de engobe rojo pompeyano.

Al norte, este estrato de colmatación aparece afectado por un nuevo corte del terreno (fase 6, U.E. 367), que alcanza hasta el nivel natural y que inaugura el periodo claramente romano de la secuencia o, más precisamente, romanizado. El hueco dejado al norte y al este es rellenado por un nuevo depósito detrítico de composición muy semejante al anterior, aunque con menor aporte de carbones (fase 7), que incluye además numerosos restos de vasos cerámicos comunes romanos y pintados, junto con terra sigillata altoimperial, tanto importada como hispánica, que nos sitúa en el último tercio del siglo I d. C., muy posiblemente a inicios de época Flavia, así como objetos metálicos -entre los que destaca una fíbula en omega-, huesos de fauna y alguna tégula, dando testimonio de la primera huella de un acelerado proceso de romanización de la sociedad (Fig. 2).

La secuencia romana culmina con un nuevo aporte de tierras, que puede ser calificado como un nivel que se va depositando de forma accidental o intencionada en esta zona a finales del siglo I d. C. (fase 8). Este último nivel romano integra sigillatas, además del habitual y mayoritario bagaje de cerámica común, acompañado de lucernas, útiles metálicos, restos de recipientes de vidrio, adornos en hueso y material constructivo que son buen retrato de una sociedad hispanorromana que ha adoptado las nuevas formas de vestir, de construir, de

servir la mesa, etc. impuestas por el conquistador, pero que aún mantiene cierta huella vettona en sus cerámicas pintadas. Aparece en casi todo el sector de excavación, excepción hecha de la zona occidental, donde los niveles medievales alcanzan la base de la estratigrafía.

Por encima de esta última colmatación romana reconocemos un enrasamiento horizontal (fase 9) sobre el que, al menos en el sector centrooriental, se coloca un piso de tierra apelmazada (fase 10) que sufrirá una destrucción posterior, seguramente ya de época medieval (fase 11). El problema es que ese piso terrero apenas aporta unos escasos fósiles arqueológicos sin valor cronológico, por lo que no sabemos si ese suelo es el último retazo de la ocupación romana o si es el inicial del Medioevo (Fig. 2)

En cualquier caso, lo que sí está claro es que los movimientos de tierras y nivelaciones de época medieval han sustraído de la estratificación cualquier huella del pasado de la ciudad en el amplio periodo situado entre finales del siglo I d. C. y la Plena Edad Media (s. XIII d. C.). Nada conservamos en la estratigrafía de la etapa tardorromana, cuyos restos sí han aparecido en otros puntos de la ciudad (Fabián García, 1996: 279-281; Caballero, 1996: 151; Larrén y Terés, 1987: 186; Mariné, 1995) y como piezas sueltas dentro de nuestros propios niveles medievales; nada tampoco de la dinámica etapa visigoda; nada, finalmente, de los oscuros siglos del inicio de la Edad Media que pudieran arrojar luz sobre la presencia de población en esas fechas.

4. Metodología del estudio cerámico

El estudio de un conjunto cerámico que pretende trascender su plano material para acercarnos a la sociedad que lo produjo es una labor complicada que, como han señalado diversos autores, aún se complica más si está inmerso en un proceso de aculturación, como es el de la romanización, que sin duda transformó todas aquellas actividades en las que se usa vajilla, desde los procesos culinarios hasta la formar de almacenar y presentar la comida (Beneítez, Hevia y Montes, 1999; Alcorta Irostarza, 1991: 35). Si como en el caso de la arqueología de los vettones, las producciones cerámicas de los últimos momentos de los castros más cercanos apenas se conoce (Álvarez Sanchís, 1999: 208), adolecemos del referente necesario para evaluar la intensidad de las transformaciones que la nueva dependencia de Roma produce en las vajillas.

En los estudios de las cerámicas romanas el criterio funcional se ha ido imponiendo como el mejor camino para llegar a conclusiones sociales o históricas, y ello a pesar de la reconocida dificultad de asignar una determinada pieza cerámica a uno u otro grupo funcional teniendo en cuenta que su versatilidad es amplia y se reconoce incluso en los tratados de los autores clásicos (Beneítez, Hevia y Montes, 1999). Dentro de los grandes grupos funcionales que normalmente distingue la bibliografía (cerámica de mesa, cerámica de cocina, de despensa y almacén, de transporte y de tocador) se incluyen distintos tipos de producciones, algunas de las cuales, como la terra sigillata, la cerámica pintada o la de paredes finas, tienen una clara funcionalidad de servicio de mesa en compañía de los recipientes vítreos, y otras, como el amplio abanico de las cerámicas comunes, que en más de un caso presentan graves problemas de asignación debido a esa polifuncionalidad (caso de las ollas y las orzas, por ejemplo), radicando a menudo la diferenciación en rasgos menores, como las huellas de exposición al fuego, que cuando sólo se cuenta con la parte superior del recipiente no siempre aparecen.

Pese a estas dificultades, siguiendo esa recurrida asignación funcional hemos dividido el conjunto entre el servicio de mesa, que comprende todos aquellos vasos tradicionalmente asignados a funciones como beber, comer, trasegar, servir líquidos o presentar la comida (platos, cuencos, copas, tazas, jarras, botellas y fuentes), la vajilla de cocina, destinada a procesar alimentos tanto en caliente como en frío (ollas, cazuelas, sartenes, tapaderas, morteros, colador, embudos, etc.) o para lavar (barreños), los recipientes de almacén y transporte (orzas, tinajas, dolia, ánforas, ...) y, por último, anecdóticos dentro de nuestro conjunto, los recipientes de otras posibles funcionalidades, quedando englobados dentro de cada uno de estos grupos piezas de las distintas producciones reconocidas.

Dado el alto grado de fragmentación del conjunto, consecuencia de su propio contexto arqueológico, para obtener la representatividad de cada tipo funcional y producción, así como de las formas específicas diferenciadas dentro de cada una de las anteriores, hemos atendido al criterio de identificar individuos a través de los bordes o, en algún caso particular, por ejemplo fustes de copas o asideros de tapaderas, a partir de otros rasgos morfológicos, pero hemos excluido de este criterio los rasgos decorativos correspondientes a cuerpos de vasos para evitar la sobrerrepresentación que de este modo alcanzarían las piezas más decoradas, en concreto la terra sigillata y la cerámica pintada de tradición indígena. Pese a su grado de inexactitud, este método para distinguir individuos nos parece preferible a otros como el peso de los fragmentos, donde siempre estarían más representadas las producciones de paredes más espesas y de mayor tamaño, o el simple conteo de trozos de cada categoría. Con este criterio se han individualizado un total de casi ochocientos vasos, repartidos de forma desigual en los diferentes niveles de esta fase de la secuencia.

Como es lógico, un primer grupo de producciones son bien conocidas por vincularse directamente a la tradición romana o prerromana y para las cuales existen en la bibliografía clasificaciones bien establecidas, es el caso de la terra sigillata o los vasos de paredes finas, algo que, con un grado menor, también sucede con la cerámica pintada tardoceltibérica y altoimperial y con la cerámica común, incluyendo dentro de esta última algunas piezas engobadas y sus imitaciones o, en último término, con la cerámica gris bruñida.

En un segundo grupo incluimos ciertas producciones peor conocidas y que parecen enmarcarse dentro de la tradición local del área vettona. Tal sucede con la cerámica común pigmentada o pintada, se trata de una producción que comparte rasgos tecnológicos y formales con la mayoritaria cerámica común, diferenciándose únicamente en la aplicación previa a la cocción de un engobe o pigmento muy líquido en forma de aguada, generalmente rojiza, que suele cubrir parcial o totalmente la pared externa o limitarse únicamente a la zona del borde. En ocasiones esta aguada se ha aplicado en anchas bandas como si fuera una decoración pintada, aunque resalta poco sobre los fondos anaranjados, marrones o grises propios de los vasos de la cerámica común. Pensamos que este tipo de decoración, que en la mayor parte no pasa de ser un tratamiento externo, deriva más de la cerámica pintada local, donde son comunes las anchas bandas rojizas, que de las producciones engobadas romanas. Con carácter casi anecdótico debemos reseñar la presencia de un único vaso facturado a mano y con decoración de peine inciso e impreso, un característico vaso trípode que tiene buenos paralelos en la cerámica de la II Edad del Hierro de la Submeseta Norte.

Dentro de las piezas del primer grupo, tan sólo queremos hacer aquí algunas reflexiones sobre dos de las producciones: la cerámica pintada y la gris estampada.

La cerámica pintada romana de tradición indígena es conocida desde la década de los 70 en la Meseta Sur, reconociéndose ya como “cerámica romana de tradición celtibérica” (Fernández Galiano, 1977: 177), autor que luego definiría dentro de ella un tipo “Meseta Sur” (Fernández Galiano, 1984: 441), pero será Abascal Palazón (1986) quien de carta de naturaleza a este tipo de producción, definiendo tipos, comercio y caracterización de pastas.

En la Submeseta Norte eran conocidas desde antiguo las producciones pintadas de Uxama, Clunia, Tiermes, Lancia, Roa, etc. y coincidiendo en el tiempo con la obra de Abascal empezaron a sistematizarse como cerámicas “tardoceltibéricas”, estableciéndose que surgen en el segundo cuarto del siglo I a.C. y perviven en los dos primeros siglos de nuestra era (Sacristán de Lama, 1986; Sacristán y Pérez Rodríguez, 1988). En un trabajo sobre los materiales celtibéricos y romanos de Uxama, García Merino establece que con rigor sólo se puede hablar de cerámicas de tradición indígena a partir de los años centrales del siglo I d.C., o al menos cuando aparecen asociadas a sigillata, antes había que hablar de celtibéricas tardías (García Merino, 1990: 121 y 135). Este criterio es válido, pero bajo su imprecisión se impone la realidad de que gran parte de los vasos característicos del celtiberismo tardío pasan a época romana sin cambios, por más que se incorporen nuevas producciones, como las de tipo Clunia, siendo imposible de diferenciar, si no es mediante esa asociación a las sigillatas. Además, al contrario que en la Celtiberia clásica, en el área vettona el conocimiento sobre las producciones indígenas es muy reducido, por lo que no podemos establecer una distinción clara entre cerámica tardoceltibérica, “tardovettona” si se nos permite el término, y cerámica romana de tradición indígena, tal como se hace en algunos estudios de aquella zona como el de Uxama (García Merino y Sánchez Simón, 1997).

La cerámica celtibérica gris estampada ha empezado a individualizarse en fecha relativamente reciente a partir del trabajo pionero de Esparza con los materiales de la Mesa de Miranda o El Viso de Bamba (Esparza Arroyo, 1986: 263) y luego retomado por Celis en relación a los de la Dehesa de Morales de Fuentes de Ropel (Celis Sánchez, 1990: 473-474, 489, fig. 9), siendo Blanco García (1993) quien analiza las distintas cerámicas grises estampadas del área celtibérica distinguiendo tres tipos diferentes, uno primero gris y sin decoración fechado en los siglos IV y III a. C. y definido para el Alto Duero, Ebro y cabecera del Tajo y que Sanz Mínguez extiende también al Duero Medio (1997: 309), uno segundo de cerámica gris pintada y que siguiendo a Sanz no creemos que se pueda diferenciar de la cerámica oxidante pintada más típica (ibídem) y uno tercero de cerámica celtibérica gris estampada al que corresponde la identificada por Esparza y Celis, así como la del propio Blanco en Coca o la de Pintia, con fechas ya dadas por Esparza de los siglos II y I a. C. al considerarlas imitaciones de los vasos de plata (Esparza Arroyo, 1986: 263; Blanco García, 1993; Sanz Mínguez, 1997: 309-312).

Se trata de una producción de pastas muy depuradas, cocida en atmósfera reductora, lo que le presta su coloración gris o negra característica, y con acabados normalmente pulidos. Estas piezas suelen ir decoradas con impresiones o estampillas y portan elementos de modelado secundario como molduras y baquetones. Sus formas, como ya señalan Blanco o Sanz, no se diferencian de las producciones oxidantes pintadas, con platos, fuentes, cuencos y morteros en Coca y jarras, vasos carenados y piezas de perfil en “S” en Pintia, siendo la urna o caliciforme la forma más representada en ambos yacimientos. En relación a las estampillas que adornan algunos de estos barro en la región del Duero, Sanz Mínguez señala su posible origen en el círculo vetton de Cogotas II, ámbito donde tienen un mayor predicamento (Sanz Mínguez, 1997: 310-311). Este mismo autor hace dos consideraciones importantes, por un

lado, que esta producción es siempre minoritaria respecto a las piezas pintadas, algo que veremos también en nuestro caso, pues apenas contamos con una decena de piezas, y que su dispersión se centra en la zona centro-occidental de la Meseta Norte. Como ya hemos adelantado, la cronología propuesta por Esparza y perfilada por las excavaciones de Blanco en Coca se centra en el último tercio del s. II a. C. y el primer cuarto del I a. C.; sin embargo, veremos que en nuestra secuencia la cerámica gris bruñida aparece hasta el último estrato romano, es decir, al menos hasta fines del s. I d. C.

5. Cerámica de mesa de los niveles basales

El depósito más antiguo localizado pudiera vincularse con el abandono y primera amortización de las estructuras excavadas en el terreno natural. Lamentablemente tan sólo se documentó en un limitado sector del límite oeste del área de excavación, rellenando a un par de esos silos arrasados, y aportó un conjunto de materiales cuya escasez impide que lleguemos a grandes precisiones de tipo cronológico o funcional. Junto con algunos metales, poco significativos, y una moneda desafortunadamente ilegible, el elenco está integrado por tres producciones cerámicas diferentes: la cerámica pintada indígena, la cerámica común y la cerámica engobada, incluida tipológicamente dentro de los servicios de mesa, de la vajilla de cocina y almacén.

En total, los escasos 40 fragmentos de bordes recuperados se reparten de la siguiente manera:

Servicio de mesa 4 (10 %)	Vajilla de cocina 34 (85 %)	Cerámica de almacén 2 (5 %)
Cerámica pintada: 3 (75 %)	Cerámica común: 32 (94,11 %)	Cerámica común: 2 (100 %)
Cerámica común: 1 (25 %)	Cerámica común engobada: 2 (5,89%)	

Como vemos, el conjunto está ampliamente dominado por los tipos destinados a la elaboración de alimentos, que representan cerca del 85% del total, seguidos de lejos por la cerámica de mesa y almacén. Se advierte también una escasa diversificación en las producciones en contraste con lo que veremos en los estratos subsiguientes, lo cual no sabemos si se debe al sesgo introducido por la escasez de la muestra o a una realidad de este nivel y extensible a la ocupación general de la ciudad en estos momentos.

Entrando al tema que ahora nos ocupa, la vajilla de mesa está representada básicamente por la cerámica pintada de tradición indígena, acompañada por un único recipiente de cerámica común. De la primera hemos recuperado apenas seis fragmentos, de los cuales tres pertenecen a bordes de recipientes que dan la siguiente tipología:

- *Cuenco o copa de borde redondeado*: se trata de un recipiente de cuerpo hemisférico o algo más bajo rematado por un borde redondeado y que pudo apoyar tanto en base plana o umbilicada como en fuste para conformar una copa. Es una forma muy común en los niveles del final de la Edad del Hierro tanto en la Meseta Norte (Sacristán y Rodríguez, 1988) como en la Sur (Abascal, 1986: 29-30; figs. 8-9 y 19) de los conjuntos “tardoceltibéricos” previos a la romanización de las vajillas, que arranca a mediados del siglo I a.C. y llega hasta mediados del siglo I d.C., cuando ya puede hablarse de “cerámica romana

de tradición indígena” al acompañarse de sigillata y de otros productos típicamente romanos (García Merino, 1990: 121 y 135).

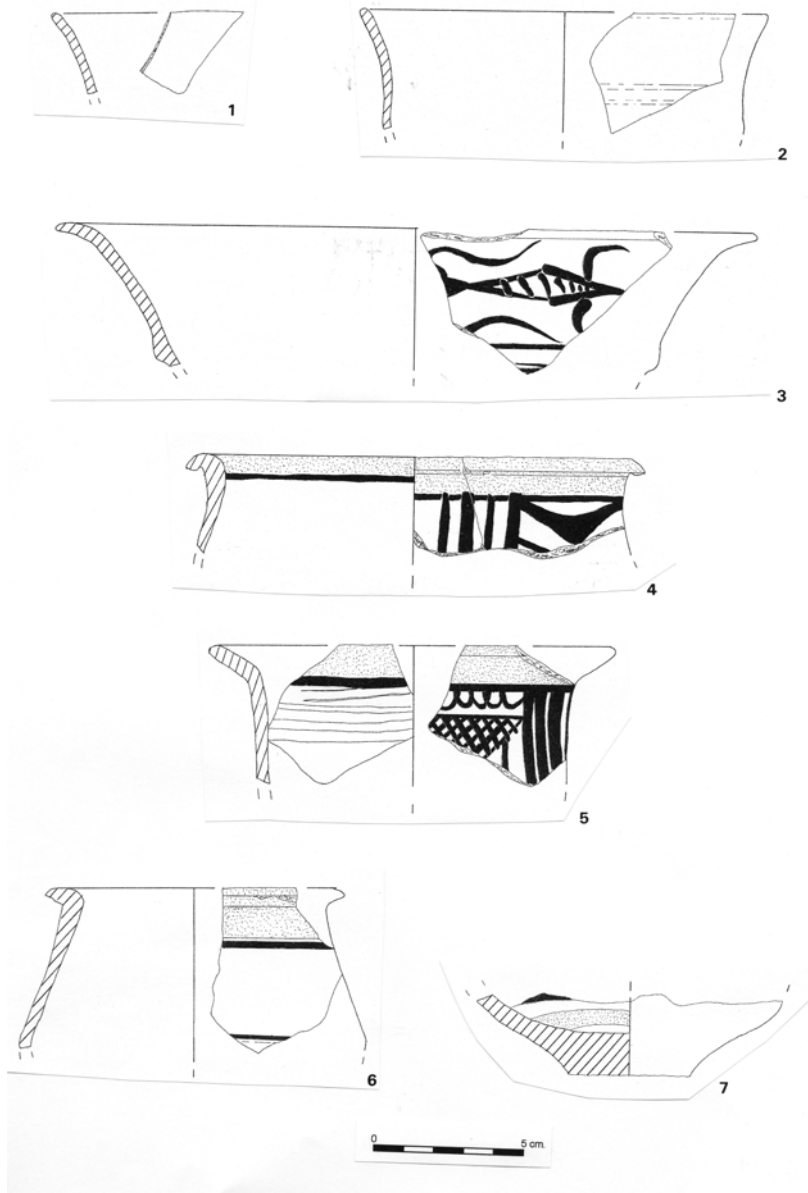


Fig. 4

Cerámicas lisas y pintadas bícromas de los niveles indígenas de la unidad de excavación 3

Vaso de cuerpo globular, cuello corto y borde exvasado: nuestro ejemplar es un recipiente de 135 mm de boca sin decoración que se aproxima a la forma Abascal 4, pero con la parte superior del cuerpo bastante recortada (Fig. 4, nº 1 y 2), aunque hay precedentes de esta forma en cerámica indígena de la Meseta Norte como en Palencia (Abascal, 1986: 65-66, fig. 36).

La única ornamentación presente en este nivel son líneas horizontales de tono marrón recorriendo por el exterior algunos de los galbos y bandas de tono rojizo. La presencia de bandas rojizas horizontales es un rasgo típico de las producciones pintadas de la Meseta Sur, presentes ya en el siglo I a.C. (Abascal Palazón, 1986: 103-104).

Este detalle de las bandas vinosas por tímida que sea su presencia -2 piezas- en este ya de por sí escueto conjunto puede tener un importante sentido cronológico si tenemos en cuenta los datos de algunos otros yacimientos vettones. Así, en Las Cogotas o en Salamanca conocemos cerámicas indígenas del siglo II a.C. claramente emparentadas con el resto de las producciones de la Meseta Norte por sus decoraciones de líneas en negro combinadas con elementos de modelado secundario y motivos de cestería y semicírculos concéntricos (Álvarez Sanchís, 1999: 207-208, figs. 81 y 84; Martín Valls *et alii*, 1991: 157, figs. 5-7); en estos mismos momentos, la cerámica propia de la Meseta Norte no se aprecia en El Raso de Candeleda (Álvarez Sanchís, 1999: 208). En este último castro la cerámica pintada en bandas rojizas aparece en los niveles del poblado que se adentran hasta mediados del siglo I a.C. (Fernández Gómez, 1986: 472 y 520-527), y que perduran en los conjuntos tardoceltibéricos de Ciudad Rodrigo, Ávila y Salamanca de entre mediados del siglo I a.C. y mediados del I d.C. (Martín Valls, 1976: 374-384, nota 31; Martín Valls *et alii*, 1991: 161, fig. 10; Misiego *et alii*, 1999: 202-203, fig. 4; Álvarez Sanchís, 1999: 208-211).

Las cerámica bícromas con bandas vinosas y motivos y líneas negras aparecen en la Meseta Norte por influencia ibérica y esporádicamente ya a fines del siglo IV o inicios del III a. C., como demuestra especialmente el caso de Coca, normalmente con los típicos motivos de semicírculos concéntricos, rombos y otros ornatos en negro propios de este momento celtibérico clásico (Romero, Romero y Marcos, 1993: 259, fig. 7; Sacristán de Lama, 1986: 199, lám. XXXVIII, 7, lám. LXXXVI, 8). Sin embargo, es a finales de la Edad del Hierro, en el tardoceltiberismo de mediados del I a. C., cuando las bandas rojizas remarcadas por líneas negras reaparecen con una mayor frecuencia (Sacristán de Lama, 1986: 243; Sacristán y Rodríguez, 1988) y en sitios como Coca ya con alguna presencia de cerámica policroma por intrusión del color blanco o el marrón (Blanco García, 1986: 9-10; Sanz Mínguez, 1997: 306), perdurando en la cerámica de tradición indígena altoimperial de la segunda mitad del siglo I d. C. de la Meseta Sur (Abascal Palazón, 1986: 89).

La ausencia de motivos negros del celtiberismo clásico, aislados como en Las Cogotas o combinados con bandas rojizas como en Coca, no sólo en nuestra secuencia sino también en todos los datos conocidos de las excavaciones de Ávila, permite alejar los fragmentos que estamos considerando de esa cronología antigua y aproximarlos, al igual que sucede en los casos de Salamanca o Ciudad Rodrigo, a la influencia meridional iniciada en los conjuntos tardoceltibéricos postsertorianos o de mediados del siglo I a. C., lo que nos da una fecha *post quem* para este depósito inicial. Si este nivel es, por tanto, posterior al primer cuarto del siglo y posiblemente también a mediados del mismo, debemos entonces preguntarnos por la fecha de las estructuras excavadas que aparecen bajo él, y en este caso podemos servirnos de un argumento negativo, cual es la señalada ausencia de productos celtibéricos clásicos. En conclusión, creemos que la fecha en que se tallaron esas estructuras no parece ir más atrás que

los inicios del siglo I a. C., produciéndose la amortización de las mismas, marcada por este depósito inferior que estamos analizando, en algún momento de la segunda mitad del siglo, dando paso a la definitiva rehabilitación de esta zona de la ciudad, protagonizada por el depósito detrítico que constituye el segundo nivel prerromano de nuestra estratigrafía.

La pieza de cerámica común que pensamos destinada al servicio de mesa está representada por un único ejemplar de *cuenco con el borde saliente* con cuerpo hemisférico y 110 mm de boca por 98 mm de altura que, dadas sus reducidas dimensiones, debe haber servido para beber.

Una vez nivelado el terreno y como parte de la rehabilitación de este espacio para otros usos que desconocemos, se aportó un depósito detrítico, relativamente copioso en restos de artefactos, así como en otros desechos como maderas o huesos de fauna, que rellena todos los demás cortes del terreno natural y constituye el último nivel de esta fase que hemos denominado previa a la romanización definitiva y en la que, aunque con mucha timidez, ya parecen que se dejan entrever algunas influencias romanas.

Junto a las cerámicas también se recuperaron algunos restos de otros materiales, como varios fragmentos de hierros y bronces y parte de una fíbula, posiblemente de doble resorte.

Por lo que se refiere a las cerámicas, respecto al nivel anterior observamos una mayor diversificación de tipos y producciones, aunque esta evidencia puede ser la simple resultante de contar ahora con un conjunto muchísimo más nutrido. En cualquier caso, su representación por funcionalidades atendiendo al número de bordes es la siguiente:

Servicio de mesa 26 (10,07%)	Vajilla de cocina 218 (84,49%)	Cerámica de almacén 13 (5,04 %)	Otros 1 (0,38 %)
Cerámica pintada: 20 (76,92%)	Cerámica común: 204 (93,57%)	Cerámica común: 12 (92,30%)	Cerámica a mano: 1 (100%)
Cerámica gris bruñida: 4 (15,38%)	Cerámica común engobada: 14 (6,42%)	Cerámica común engobada: 1 (7,70%)	
Cerámica común: 2 (7,69%)			

En suma, vemos que los ejemplares se agrupan por funciones siguiendo las mismas pautas que el nivel anterior, asignándose de forma mayoritaria, en torno al 85%, al servicio de las cocinas, dejando para las mesas poco más del 10% de los recipientes y un 5% destinado a vasijas de almacenaje, añadiéndose un anecdótico recipiente elaborado a mano en una última e indefinida categoría.

Ante la todavía ausencia de los servicios de mesa romanos, en este nivel los recipientes destinados a servir, comer y beber siguen siendo los tradicionales vasos de cerámica pintada, acompañados por algunas piezas de cerámica común y, como novedad, por una minoritaria producción de cerámica gris bruñida estrechamente relacionada con aquella.

Amén de bastantes fragmentos de galbos decorados o no, veinte ejemplares de bordes nos permiten identificar otros tantos vasos de esta cerámica tardoceltibérica, que tiene una cierta diversificación de tipos, pues reconocemos hasta nueve formas, sin que en realidad podamos afirmar que todas ellas tuvieron un destino único en las mesas, ya que aunque este

debió ser el uso único de muchas de ellas, otras pudieron cumplir paralelamente otras funciones.

- *Cuenco o copa de borde redondeado*: con nueve representantes es la forma más habitual en el repertorio, siguiendo las mismas características morfológicas ya descritas para el nivel anterior, contamos ahora con bases planas decoradas al interior que prueban su función como cuenco (Fig. 4, nº 7), aunque es muy posible que otras piezas se levantaran sobre fustes, como veremos en un ejemplar del nivel siguiente.

Algunos de estas vasos, con diámetros de boca en torno a los 150-170 mm, llevan decoración interior en forma de banda rojiza paralela al borde y cercana a éste (Fig. 5, nº 4 y 6), ornamentación que con bandas rojizas alternando con líneas negras puede llegar hasta la base (Fig. 4 nº 7).

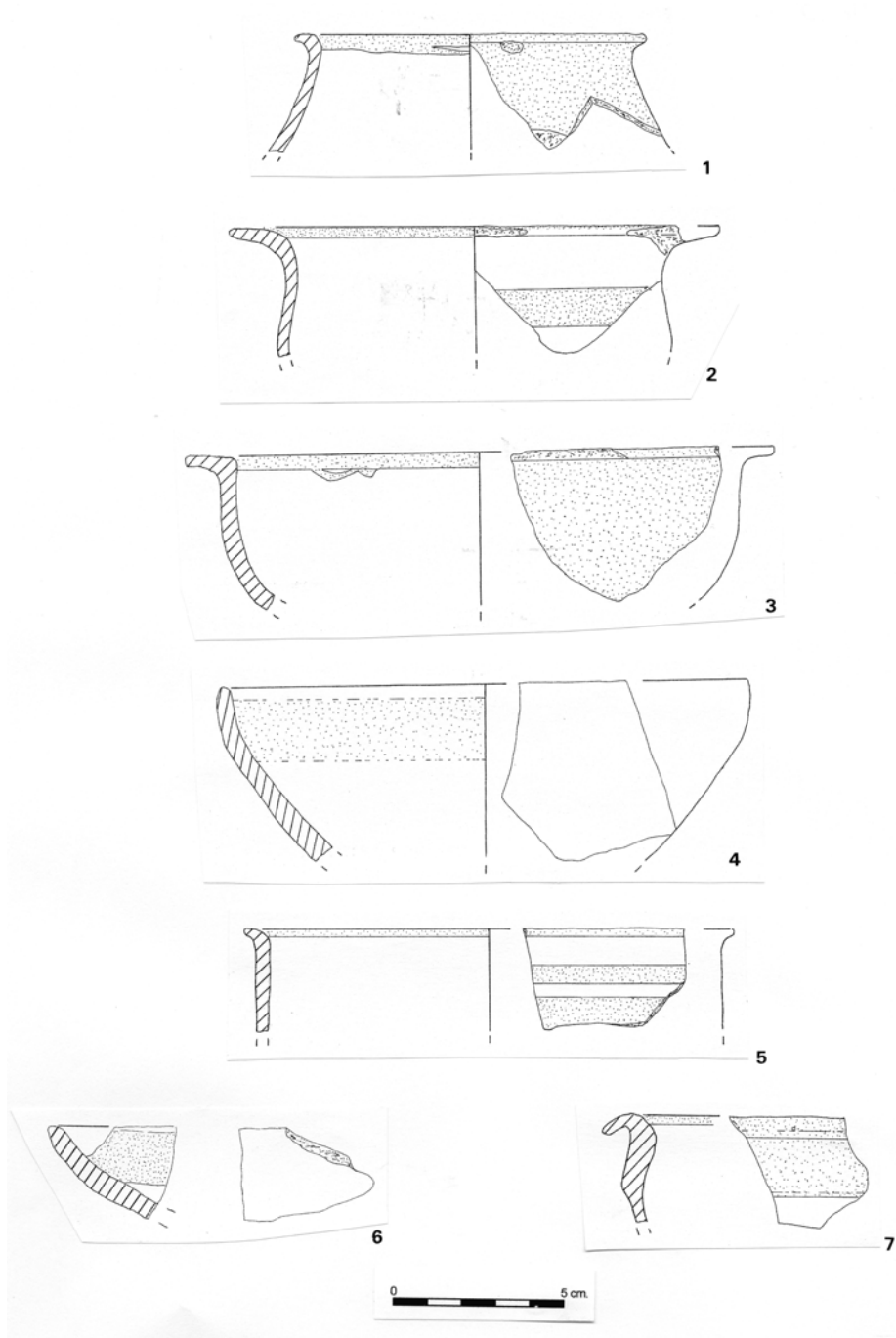
Como ya tuvimos ocasión de comentar, estos cuencos o copas son la forma más habitual en los repertorios tardoceltibéricos de la Meseta Norte, apareciendo también en la Meseta Sur en niveles inmediatamente precedentes a la llegada de las primeras sigillatas.

- *Vaso globular de borde saliente*: siete bordes remiten al mismo tipo de vaso, cuyo perfil recuerda una olla de pequeñas dimensiones con cuerpo globular y borde ligeramente saliente, pero que dada la ausencia de exposición al fuego no cumplió el papel tradicionalmente asignado a las ollas. Puede identificarse con la forma Abascal 18 de la posterior cerámica pintada de época romana, forma de notable popularidad en los conjuntos vasculares de la Meseta Sur como Complutum, Ercavica o Segobriga y con al menos tres centros productores de época altoimperial, pero también con claros precedentes indígenas en la misma zona (Abascal Palazón, 1986: 109-110, figs. 12-16; Polo López, 1988). Vasos similares parecen llegar hasta el poblado de El Raso en estas mismas fechas (Fernández Gómez, 1986: fig. 43, 10).

Nuestras piezas suelen tener en torno a 140-160 mm de boca y a menudo presentan decoración pintada en forma de banda rojiza recorriendo el borde y limitada o no por una línea negra (Fig. 4, nº 4; Fig. 5, nº 1).

- *Vasos de borde exvasado y carena moldurada*: un ejemplar (Fig. 4; nº 5) recuerda poderosamente la parte superior de los vasos de la forma 2 de Abascal (1986: 64, fig. 24), aunque en nuestro caso el fragmento no alcance la carena. Otra variante ofrece la particularidad de que la parte superior del vaso no es recta, sino que se cierra hacia la boca, con lo que el perfil adquiere cierto aspecto bitroncocónico (Fig. 4, nº 6). Los tamaños de la boca de estos recipientes, 130 mm en el primero y 95 mm en el segundo, así como los 115 mm de la carena de este último, permiten definirlos como pequeños cuencos. Ambos ejemplares presentan decoración pintada con bandas vinosas limitadas por líneas negras reservando frisos, liso en un caso y con motivo metopado con arcos colgantes, espacio triangular reticulado y líneas verticales en negro en el centro.

En época romana altoimperial piezas de este tipo salen del taller cluniense (ibídem), pero ya antes contamos con precedentes tardoceltibéricos en varios yacimientos de la Meseta Norte como Padilla (Sanz Mínguez, 1997: 289-290, fig. 211).



- *Cuenco o copa de borde horizontal*: una pieza con recubrimiento rojizo al exterior y en la zona del borde presenta un perfil propio de los cuencos o copas de borde sencillo, con la salvedad de presentar un borde volado en horizontal (Fig. 5, nº 3). Se trata de un vaso de 150 mm de diámetro de boca y cuerpo hemisférico que recuerda a algunos precedentes tardoceltibéricos de la Meseta Norte, como Roa (Sacristán y Rodríguez, 1988: fig. 1, 14), donde también comparecen en los conjuntos clásicos (Sacristán de Lama, 1986: 171-175, fig. 13) o en Padilla cerca de época sertoriana (Gómez y Sanz, 1993: fig. 17, 6, 15).

A este tipo tal vez pueda asignarse otro ejemplar de borde volado más desarrollado, pared más vertical y semejante diámetro decorado con banda rojiza en la parte superior del labio y otra bajo él al exterior (Fig. 5, nº 2), así como un fragmento de borde vuelto ornado en la parte superior con un trazo negro.

- *Vaso troncocónico abierto*: un fragmento de borde ofrece una forma abierta de labio exvasado y con moldura en la pared que presenta un friso decorativo en negro en la zona exterior y línea negra horizontal coincidiendo con la moldura (Fig. 4, nº 3). Este perfil lo encontramos en el celtiberismo clásico de la Meseta Norte en Roa, catalogado como una gran fuente o frutero con pie (Sacristán de Lama, 1986: 172, Lám. XXXIV-XXXVI), aunque en nuestro caso no podemos determinar si tenía o no fuste, o con las páteras o fuentes, pese a que en nuestra pieza el diámetro del borde, 250 mm, es sensiblemente inferior al modelo (ibídem: 175, lám. XXXIX-XXXVI y LXXXIII, 2).

Un fragmento de borde indicado con pared de tendencia más o menos recta pudiera anunciar una forma de vaso carenado precedente de la Abascal 3 o 4, pero el escaso desarrollo de la pared nos impide precisar nada más (Fig. 5, nº 5). Finalmente, otro fragmento de borde ofrece cierta singularidad al presentar un labio vuelto con corto cuello muy levemente abierto, ocupado al exterior por una banda rojiza que también se prolonga por el labio y a partir de él una pared más fina que parece anunciar un cuerpo globular, por lo que tal vez estemos ante un jarro, aunque no podamos afirmarlo (Fig. 5, nº 7).

Por lo que se refiere a las decoraciones, los escasísimos ejemplares del nivel anterior ya nos presentaron la bicromía de bandas vinosas y líneas marrones o negras, éstas siguen perdurando en este nivel, siendo el motivo más recurrente, pero seguramente gracias al mayor número de restos podemos señalar que se distinguen varios motivos pictóricos perfilados en negro en los frisos dejados en reserva por las bandas y que incluso encontramos un fragmento policromo al combinar la pintura blanca con la negra y la roja.

En cuanto a los motivos en negro, parece que dentro de los frisos son comunes las composiciones metopadas, sirviendo como elementos de división líneas verticales paralelas (Fig. 4, nº 5; Fig. 6, nº 3; Fig. 6, nº 5), aunque en otras ocasiones pueden desarrollarse frisos continuos (Fig. 4, nº 3). Encontramos motivos geométricos como arcos colgantes o espacios triangulares reticulados (Fig. 4, nº 5; Fig. 6, nº 3) o estrellas y triángulos con cilios (Fig. 6, nº 6). En ocasiones estos geométricos aparecen en metopas vecinas a otras figuradas con estilizaciones de anátidas (Fig. 6, nº 3), que también aparecen en frisos (Fig. 6, nº 7). En frisos continuos parecen desarrollarse esquematizaciones de peces de cuerpos romboidales rayados con trazos ondulados en forma de aletas (Fig. 6, nº 4; Fig. 4, nº 3). Finalmente, como motivos vegetales podemos apuntar una posible fruta (¿bellota?) dentro de una metopa (Fig. 6, nº 5).

Abstracciones de peces como las nuestras las encontramos en el castro de El Raso, donde también hay composiciones metopadas (Fernández Gómez, 1986: 472, fig. 148, 8, 9) y patos esquemáticos en los ya referidos castros vettones de Salamanca y Ciudad Rodrigo

(Martín Valls, 1976: 374-377, nota 31; Martín Valls *et alii*, 1991; 161, fig. 10) en estratos de la segunda mitad del siglo I a.C. o de la primera del siglo siguiente, y ya antes en el Duero Medio desde fines del IV o inicios del III a.C. y hasta el I a.C., aunque con unas características algo diferentes que más los asemejan a eses que a patos (San Mínguez, 1997: 301; Sacristán, 1986: 187-188), o en la propia Ávila, aunque en este caso el contexto prerromano o ya romano del Palacio de Valderrábanos no es nada claro (Barraca de Ramos, 1998; Mariné, 1995; Martín Valls, 1976).

La división de frisos en metopas por series de líneas paralelas verticales es común en las piezas altoimperiales del taller de Clunia fechadas a partir de la segunda mitad del siglo I d.C. (Abascal Palazón, 1986: 79) y en ellas algunos autores han querido ver imitaciones de la sigillata (Polo López, 1998: 165), pero este recurso ya está presente en las cerámicas celtibéricas clásicas de los siglos IV al II a.C. en la Meseta Norte (Sacristán de Lama, 1986: 184; Sanz Mínguez, 1997: 298-299).

El único fragmento policromo localizado, de muy pequeño tamaño, presenta dos bandas sucesivas, una vinosa y la otra blanca, pintando sobre ambas, aunque especialmente sobre la última, un motivo en negro que no podemos identificar dadas las dimensiones del fragmento (Fig. 6, nº 8). Este caso es el único de policromía reconocido en toda la estratigrafía, aunque su sola presencia puede tener una especial relevancia cronológica.

Estamos de acuerdo con Sanz Mínguez (1997: 305-306) en que es preciso diferenciar bicromía, es decir, las típicas combinaciones de bandas vinosas y líneas o motivos en negro, de la policromía, con la adición del marrón o del blanco, siendo lo común la combinación de sólo tres colores. Tal como resume el autor, la bicromía aparece en la Meseta Norte esporádicamente ya en los siglos IV y III a.C. en contextos celtibéricos clásicos en yacimientos como Coca o Roa por influencia de la cerámica ibérica de la Meseta Sur. Las policromas de Coca se han fechado en los dos últimos tercios del siglo I a.C. e incluso más tarde (ídem; Blanco García, 1986: 9-10; ídem, 1993: 133), cronología que parece apropiada para los restos de Pintia (Sanz Mínguez, 1997: 305-306). Esta distinción entre cerámica bicroma y policroma, una de influencia ibérica y mucho más antigua y la otra de influencia de Numancia y llegando a inicios del siglo I d.C., es importante no sólo por darnos una fecha aproximada para los inicios de este nivel, pues por sucesión estratigráfica ya sabíamos que debe ser posterior a la mitad del siglo I a.C., sino también para aclarar ciertas confusiones de la bibliografía que, por ejemplo, clasifican como cerámicas policromas las piezas de Ávila (Álvarez Sanchís, 1999: 208-211; Sanz Mínguez, 1997: 306) en contextos previos a los romanos o ya con sigillatas, cuando en ningún fragmento aparecen más de dos colores, generalmente rojo-negro o marrón-negro (Barraca de Ramos, 1998). En suma, las decoraciones policromas de Coca, Pintia o de nuestro fragmento abulense cuadran bien dentro del tardoceltiberismo de la Meseta Norte; por contra, las cerámicas bicromas tienen un peor encuadre cronológico pues, como ya dijimos, pueden aparecer esporádicamente en niveles de fines del siglo IV y del III a.C. por influencia ibérica, aunque tienen su máximo apogeo en los conjuntos tardoceltibéricos y en la cerámica altoimperial de tradición indígena de la Meseta Sur, que llega o al menos influye en la de los castros vettones de la Meseta Norte como Ciudad Rodrigo, Salamanca, Yecla de Yeltes o la misma Ávila.

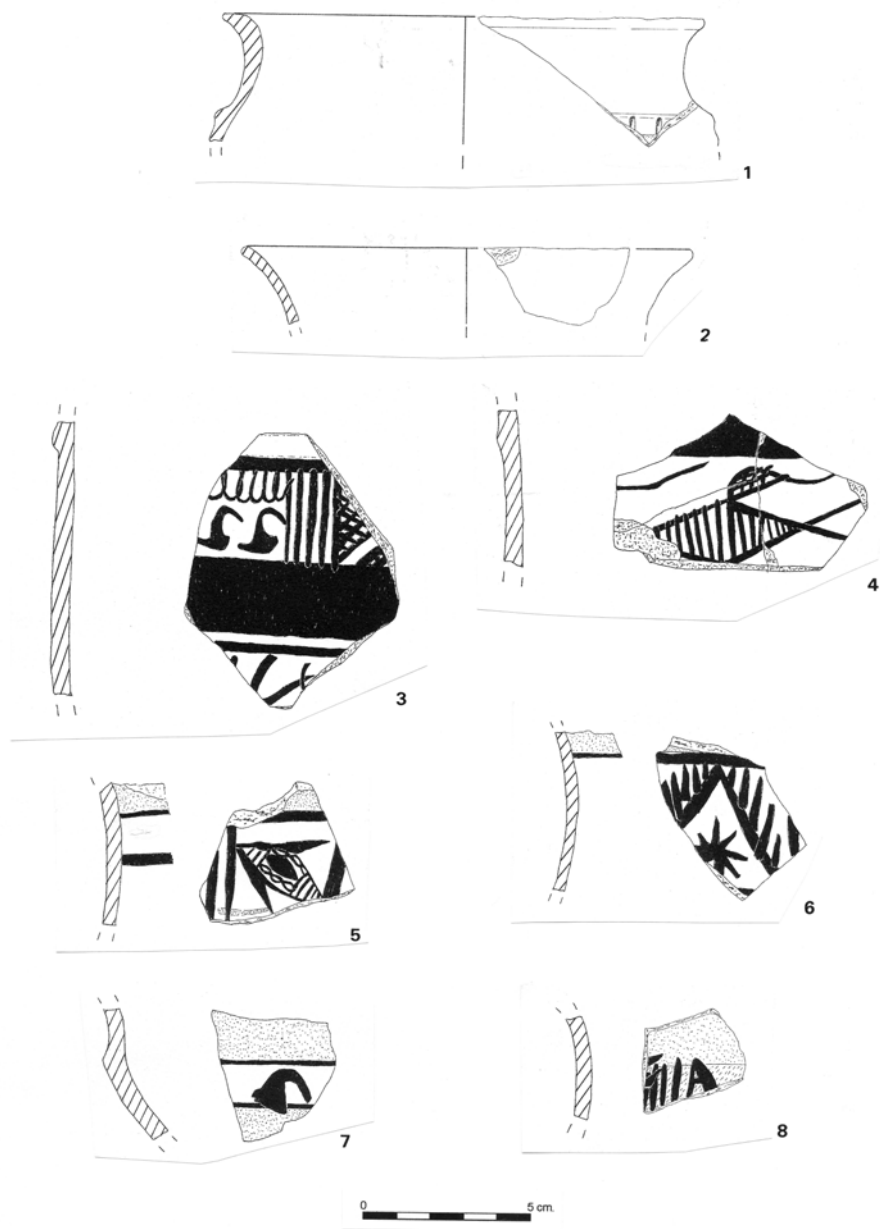


Fig. 6. Cerámicas grises (1 y 2), motivos decorativos bícromos (3 a 7) y fragmento policromo (8) de los niveles indígenas de la unidad de excavación 3.

La cerámica gris está representada por primera vez en este nivel de forma minoritaria, pues se reduce a cuatro fragmentos de bordes, aunque alcanza un significativo porcentaje si tenemos en cuenta su aún más escasa presencia en los niveles posteriores.

La forma representada es el *vaso de perfil acampanado* que puede variar ligeramente marcando una carena y con cuello abierto (Fig. 6, nº 1 y 2), similar a las urnas de Coca (Blanco García, 1993) o a los caliciformes de Pintia (Sanz Mínguez, 1997: 310, fig. 160-161).

La primera de nuestras piezas muestra una moldura en la carena y en ella una serie de finas impresiones, motivo frecuente en los dos yacimientos citados en combinación o no con estampillas. En esas estaciones estas producciones se fechan entre finales del siglo II a.C. y el primer cuarto del siglo I a.C., es decir, hasta época sertoriana (ibídem). Sin embargo, su presencia en este nivel en compañía del fragmento policromo y del resto de las producciones pintadas apunta a su pervivencia en esta área vettona en fecha más tardía que la propuesta, llegando hasta el cambio de era sino más tarde, pues, como veremos, aparecen también en los niveles de la segunda mitad del siglo I d.C. de nuestro yacimiento.

Esta amplia perduración local puede tener su explicación si tenemos en cuenta que a decir de Sanz Mínguez (1997: 310-311) el origen y mayor predicamento de las cerámicas estampadas hay que buscarlo en el círculo vetón.

Al igual que sucedía en el nivel anterior, la única forma de cerámica común atribuible al servicio de mesa por su características morfológicas y tamaño es el *cuenco de borde saliente*, representado por dos bordes con un diámetro en boca en trono a los 140 mm.

6. Datos arqueológicos y teorías sobre el origen de la ciudad

No son escasas las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad que han aportado restos de época romana, sin embargo, en la mayoría de los casos se trata de elementos muebles, piezas cerámicas sobre todo, metales y vidrios que aparecen en niveles revueltos de más reciente formación, acompañados por materiales de épocas posteriores. Como se ha apuntado repetidamente (Mariné, 1995: 299; Caballero, 1996: 150), parece que el movimiento de escombros destinado al relleno de bodegas, sótanos o incluso barranqueras u otros accidentes naturales ha sido una constante en el devenir histórico de la ciudad. Este mismo trasiego de tierras unido a la presencia muy superficial del sustrato rocoso y al propio dinamismo urbano de las últimas décadas podría estar explicando la escasez de niveles originales de este momento fundacional (Caballero, 1996: 150).

Los lugares excavados en los que contamos con evidencias publicadas de estos primeros momentos en su posición primaria resultan, en conclusión, excepcionales³. La zona que ofrece mejores perspectivas en este sentido parece ser la localizada en la catedral y su entorno inmediato, al tratarse de un área que ha sufrido menores remociones de tierra, al

³ Recientes intervenciones motivadas por distintas obras dentro y fuera de la muralla han incrementado el número de contextos romanos conocidos, pero son excavaciones no publicadas por lo que desconocemos los datos que han aportado, a excepción, claro está, de los realizados por nosotros en los patios de la catedral, en su plaza y en otros puntos de la ciudad como la plaza Fuente El Sol, aún en proceso de estudio cuando redactamos estas líneas (octubre de 2003).

menos desde el momento de la construcción del templo (Fabián García, 1996: 279), espacio que además se configura como el más elevado de la ciudad.

El primer nivel correspondiente a momentos tempranos, y hasta fechas recientes el único con el que se contaba, se localiza efectivamente en la zona próxima a la catedral, en el Palacio de Valderrábano. El problema es que se trata de datos antiguos, obtenidos en 1969 y no a través de una excavación arqueológica, sino a partir de la observación directa de un corte dejado al descubierto tras el vaciado del solar para llevar a cabo obras de remodelación en el palacio (Rodríguez Alemeida, 1981).

En cuanto a su interpretación, parece que no existe acuerdo en la bibliografía. Así, Martín Valls (1976: 384 y nota 31) al comparar un vaso de cerámica pintada, polícroma, documentado en Ciudad Rodrigo en un contexto claramente romanizado -presencia de sigillatas sudgálicas e hispánicas, cerámica común, de paredes finas...- con otro recogido en el corte del palacio que nos ocupa, apunta que este último procede del nivel inferior de la estratigrafía, en el que, según sugiere, está ausente la sigillata. Piezas de este tipo, por contra, sí parecen localizarse en el nivel inmediatamente superior, fechado en la segunda mitad del s. I de nuestra era. A partir de este dato sugiere que el nivel inferior podría datar de la segunda mitad del s. I a. C.

La existencia de este nivel previo parece ser cuando menos dudosa. Mariné (1995: 305) describe en dicho corte un único estrato, altoimperial, en el que comparecen estas cerámicas pintadas asociadas a la sigillata, cerámica común y otros materiales constructivos, en un contexto en definitiva datable entre los siglos I y III. En la misma línea se encuadra el estudio realizado por Barraca de Ramos del conjunto de cerámicas pintadas documentadas en este solar (Barraca de Ramos, 1998: 95-105), quien finalmente señala que "las formas abulenses responden a la tipología básica de la cerámica de tradición indígena de finales del s. I d. C.", cronología ésta que parece coincidir con la aportada por el conjunto de sigillatas recogido en el mismo corte.

Un último enclave completa el escueto listado de solares en los que se han detectado restos en contexto de época romana altoimperial. Se trata de las evidencias documentadas en el entorno de la Basílica de San Vicente, fuera ya de la cerca de la ciudad, al este de la misma y muy cerca de la puerta murada del mismo nombre. El sitio, como bien señala su excavador (Caballero, 1996: 151) tiene la gran importancia de "documentar el primer nivel altoimperial intacto en la ciudad de Ávila", nivel que además aparece asociado a un pavimento de "*opus signinum*" de unos 3-4 cm de grosor conformado por "una mezcla de esquirlas de piedra, restos de fauna y cerámica común triturada". Este depósito, de entre 45 y 80 cm de espesor, contiene restos fundamentalmente faunísticos y en menor medida cerámicos, estando prácticamente ausentes los materiales constructivos.

Los datos aportados por esta intervención son de singular importancia para nosotros, no solamente por la proximidad física entre la Plaza de San Vicente y la Plaza de Santa Teresa o del Grande, sino también por la similitud de sus materiales arqueológicos. Así, el lote cerámico integrado en este nivel remite claramente a época altoimperial, datable según el autor en la segunda mitad del s. I y la primera mitad del s. II d. C. (Caballero 1996: 151). Se compone mayoritariamente de cerámica común, junto a la que comparecen cerámicas de tradición indígena y terra sigillata hispánica.

Curiosa resulta la aparición de este pavimento de *signinum* en un sector en el que desde hace unos años, y a partir de las argumentaciones de Rodríguez Almeida (1981), se ha

venido señalando la existencia de la necrópolis romana de incineración coetánea con los primeros momentos del devenir de la ciudad. La gran cantidad de material constructivo y epigráfico de carácter eminentemente funerario -sillares, aras votivas, cistas, urnas, estelas o lápidas- que se encuentra embutido en la muralla prueban sobradamente la existencia de la necrópolis, siendo su concentración en el ángulo noreste de la misma la que apunta a que se encontraría en las cercanías, probablemente cerca de la actual basílica o en su plaza y jardines aledaños (Rodríguez Almeida, 1981; Mariné 1995: 300-303).

Las excavaciones realizadas en la Basílica y en la Plaza de San Vicente no han documentado, sin embargo, resto alguno del mencionado cementerio. En los dos sectores sondeados en la plaza (una cata de 2 por 2 metros en cada sector) no se han encontrado rellenos de época romana (Fabián García, 1996: 280), constatándose las evidencias señaladas -nivel y pavimento- en la zona localizada al oeste de la iglesia. Estamos de acuerdo con su excavador, sin embargo, en considerar que esta circunstancia no parece argumento suficiente para dudar de la existencia de una necrópolis, probada, como hemos visto, por numerosos testimonios arqueológicos y que bien pudo localizarse más próxima a la muralla, en concreto en el sector en que el recinto murado describe, en su extremo noreste, una extraña curva (Caballero, 1996: 151).

Otros dos puntos intramuros han deparado el hallazgo de restos romanos, aunque de momento⁴ y al corresponder a época tardía no permiten aportar datos acerca del origen de la ciudad. Se trata en particular de un nivel, al parecer intacto, que ha sido constatado, aunque no excavado, durante el desarrollo de una intervención de urgencia en el interior del claustro de la catedral y que ofrece material de esta cronología (Fabián García, 1996: 279-280; Caballero, 1996: 151), y de otro de similares características, asociado en este caso a restos estructurales, deparado en la misma plaza de la catedral, en la trasera del Palacio de los Velada (Caballero, 1996: 151; Fabián García, 1996: 280-281)

Como hemos dicho, numerosas resultan las intervenciones realizadas en el solar abulense que han rendido materiales altoimperiales en niveles revueltos, colmatando pozos, bodegas o escarpas naturales. La lista es abundantísima y no es nuestro objetivo enumerarlos todos, por lo que nos limitamos aquí a mencionar los que han aportado las evidencias más significativas.

Rodríguez Almeida (1981:34) apunta la aparición de abundante material romano ("*sigillata*, aretina e hispánica" y cerámica común), fuera de contexto, en el año 1966 entre las calles Pedro de Lagasca y Reyes Católicos. Posteriormente, y ya englobada en las intervenciones de urgencia que con frecuencia se realizan en la capital abulense desde los años 80, se excava un solar en la calle Tres Tazas esquina a calle Don Ramón, (Larrén y Terés, 1987: 191-216) en el que se documentan niveles de relleno con materiales de época romana y moderna. Entre los primeros abundan las piezas tardías, aunque también se reconoce la presencia de formas y tipos altoimperiales como los platos de *sigillata* de las formas Hisp. 35 o Hisp. 5 (Larrén y Terés, 1987: 186, fig. 2). En la Calle de Sto. Domingo con vuelta a la calle Candil (Fabián García, 1999: 223) se documentó, juntamente con un

⁴ Decimos de momento porque al menos en lo que se refiere al claustro de la catedral parece muy posible pensar que bajo el nivel tardorromano, no excavado, puedan existir niveles anteriores. Más aún si tenemos en cuenta la estratigrafía romana que Alacet ha documentado en los patios de la catedral situados al sur del templo, muy próximos al Palacio Valderrábanos.

horno datable entre el final del Medievo y el comienzo de la Edad Moderna, un importante lote cerámico, en el que abundan las producciones de tradición indígena, fechable en torno al siglo I d. C. (Barraca de Ramos, 1998: 98). Finalmente, nuevos restos romanos se citan en el solar que hace esquina entre las calles López Núñez y El Tostado y en el de la calle Cruz Vieja nº 6, los dos dentro del recinto murado (Fabián García, 2003: 273).

Estas intervenciones, y otras tantas con datos menores, si bien no pueden aportar argumentos acerca de la organización y disposición interna de la ciudad, sí constituyen un continuo "ruido de fondo" que evidencia el dinamismo urbano en estos primeros momentos. Como ya hemos comentado, nada se ha publicado de las excavaciones de urgencia realizadas desde mediados de los noventa, que sin duda proporcionarán nuevas piezas para rellenar este puzle de la ciudad al inicio del imperio que hoy debemos presentar de forma tan incompleta.

A pesar de que como vemos los datos seguros no son muy abundantes, mucho se ha especulado acerca del origen y carácter de la fundación de Ávila como núcleo poblacional, y ello es porque a pesar de la práctica ausencia de estratigrafías fiables y en posición primaria, la misma planta de la ciudad, regular e inscrita en una muralla de la entidad de la de Ávila, ha dado pie por sí misma a esbozar diversas hipótesis.

Dejando de lado las interpretaciones míticas sobre el origen de la ciudad que desde el siglo XVI y hasta el inicio de la arqueología moderna se han venido sucediendo, aunque hay que hacer mención que ya en la primera de ellas, la firmada por Antonio de Cianca en 1595, se advierten las inscripciones presentes en las murallas, lo que le sirve para afirmar que la ciudad tuvo una etapa romana (Mariné, 1995: 286), debemos hacer mención en primer lugar a Rodríguez Almeida (Rodríguez, 1981). Para este autor la muralla de Ávila, levantada sin duda por los repobladores medievales, reproduce fielmente el perímetro de una estructura similar y anterior de época romana cuyo interior alberga el típico trazado regular de una "colonia" y que puede rastrearse perfectamente en el plano actual. Así, un estudio detenido del callejero revela la existencia de una serie de calles que reproducen el trazado ortogonal romano: *cardines* y *decumani* principales, regulares y que confluyen en un espacio abierto, una plaza pública, el foro, allí donde los repobladores medievales de la ciudad establecieron el antiguo Corral del Concejo y que actualmente constituye la plaza del Mercado Chico. Estas calles principales desembocan en diversas puertas que se abren a la muralla, que se corresponden igualmente con las actuales, en alguna de las cuales cree ver este autor parte de la cimentación original.

Como hemos mencionado, a la salida de una de estas puertas, la de San Vicente, en el sector este de la muralla, este investigador localiza el emplazamiento de una necrópolis de incineración dependiente de la ciudad. Se basa para ello de manera primordial en la abundancia de materiales reutilizados identificados en este lienzo de la muralla y que contrastan claramente con el tipo de piedra empleada en la fábrica medieval.

El estudio de este material epigráfico le permite esbozar una teoría acerca de la cronología de esta necrópolis y por añadidura de la ciudad de Ávila, proponiendo unas fechas de fundación encuadradas en época flavia. Asimismo, documenta entre los epígrafes una fecha absoluta que remite a fines del s. I d. C., al constatar en una de estas piezas un texto que hace referencia a "unos siervos de Trajano".

En cuanto al carácter de esta fundación, Rodríguez Almeida supone que pudiera tratarse de un establecimiento de tipo pseudomilitar, que desempeñaría un papel de vigilancia en una zona que hasta fecha reciente era controlada por el mundo de los castros. Plantea en

este sentido que debió constituirse una especie de colonia de soldados veteranos, que si bien lógicamente nunca tuvo este estatus, si debió funcionar en la práctica como tal.

Años después Mariné incide de nuevo en la idea de una fundación romana de nuevo cuño, basándose igualmente en la planta de la ciudad, cuyo "recinto amurallado reproduce, sin variación, la disposición de un campamento romano, que es la que rige también para las ciudades creadas *ex novo*, en un lugar donde no se aprovechan ni transforman construcciones anteriores" (Mariné, 1995: 208). Para esta autora el recinto de la muralla actual reproduce también, y en todo su perímetro, el trazado de la vieja cerca romana, resaltando asimismo el plan regular interno y el reaprovechamiento de material romano, sobre todo en el lienzo oriental de la muralla (Fig. 1, detalle). Esta circunstancia incide una vez más en la idea de la existencia de una necrópolis altoimperial en la explanada de la Puerta de San Vicente. Esta autora revisa y completa el estudio del material epigráfico existente, para llegar a similares conclusiones cronológicas que Rodríguez Almeida (Mariné, 1995: 303). Interesantes resultan también las conclusiones que extrae sobre la población reflejada en estos epígrafes, al señalar que "se trata de una sociedad de hispanorromanos, que cuenta con algunos ciudadanos -poseedores de *tria nomina*, esto es, tres nombres que definen la máxima categoría social-, teniendo la mayoría denominaciones indígenas latinizadas" (Mariné, 1995: 302), datos estos que corroboran las impresiones que hemos obtenido a partir del estudio del conjunto material recuperado en El Grande.

Caballero (1996: 151), en su trabajo sobre los resultados de las excavaciones de la Plaza de San Vicente, recupera las tesis de Rodríguez Almeida y Mariné, destacando las fechas de finales del s. I – s. II d. C. dadas por estos autores para el funcionamiento de la necrópolis y por extensión para la ciudad, dataciones estas que parecen en perfecta consonancia con las proporcionadas por las piezas que recupera en la excavación y que, como hemos visto, sitúa en la segunda mitad del s. I y en la primera mitad del s. II.

Simultáneamente se ha venido formulando otra línea interpretativa para el origen de la ciudad, pues hace ya una década Esparza y Martín Valls (1992) sugirieron que la fundación del enclave abulense vendría determinada por la propia conquista romana, encajando en este caso, y a diferencia de otros muchos enclaves en los que se observa una continuidad de poblamiento, en la idea tradicional de que la política romana conllevó el abandono de los emplazamientos en altura, de carácter defensivo, para instaurar otros en la zona llana, más fácilmente controlables. Apuntan los autores en este sentido que la fundación de Ávila (la *Obila* citada por Ptolomeo) podría datarse en época postsertoriana, momento en el que la arqueología documenta un proceso de despoblación en los castros del entorno como Las Cogotas, La Mesa de Miranda o Ulaca, y en el que, al menos a partir de mediados del s. I a C., es posible rastrear la existencia de un núcleo de población en el actual solar abulense. Esta última idea parte de un único dato que ya comentamos: para Martín Valls en el Palacio Valderrábanos hay un nivel indígena previo a la romanización, que identifica por uno de los vasos policromos y que sitúa en esta segunda mitad del siglo I a. C. (Martín Valls, 1976: 384 y nota 31), sin embargo, y como también dijimos, son más los autores que niegan la presencia de ese estrato previo a la irrupción de las producciones de *sigillata* (Mariné, 1995: 305; Barraca de Ramos, 1998: 102).

En casos como el del asentamiento de El Raso de Candeleda esta consecuencia de la política romana impuesta a partir de César, que recibe el cargo de gobernador de la *Ulterior* en el año 61 a. C. e inicia una campaña para establecer en estratégicos emplazamientos en

llano a los habitantes de los castros, marca el final de la ocupación del poblado (Fernández Gómez, 1986: 521-526).

Similar línea interpretativa ha sido apuntada recientemente por Álvarez Sanchís (1999 y 2001), quién matiza un poco la opinión anterior, señalando que el abandono de los castros debió responder más a la propia iniciativa indígena, dados los nuevos patrones económicos imperantes, que a una imposición militar real. En cualquier caso, y eludiendo el problema de la motivación concreta que propició el abandono del mundo de los castros, lo cierto es que la población debió descender de estos antiguos y quizás obsoletos emplazamientos a la vega, para ubicarse seguramente, tal como señalan estos autores, en el lugar hoy ocupado por la ciudad de Ávila, por más que los datos para hacer esta última afirmación eran entonces bastante endebles.

7. Indígenas de época romana. Los orígenes de *Obila* a partir de los datos de la excavación del Grande

Hemos visto que en los niveles basales de nuestra estratigrafía no hay materiales romanos, sino que la alcarrería parece directa heredera de la presente en los últimos momentos de castros vettones como el de El Raso de Candeleda o el de Ulaca. ¿Quiere esto decir que podemos afirmar la presencia de un castro vettón en el solar de la ciudad?, comprobaremos que no. Las cronologías que hemos ido desgranando para estos niveles nos sitúan en una época en la que todo el territorio de la Meseta estaba ya bajo la órbita política de Roma, sus ejércitos desfilaban por las campiñas y se estaba imponiendo su modelo de organización social y explotación económica, siempre al servicio de la metrópoli. La cuestión es que ese proceso de aculturación que conocemos como romanización y que llevará a los distintos grupos indígenas a configurar una sociedad hispanorromana es un proceso que tarda en cristalizar y en un primer momento pueden no percibirse las huellas materiales de ese dominio romano. Y esto es lo que creemos que nos dicen los niveles más viejos encontrados en El Grande, por lo que el título elegido para este epígrafe nada tiene de inocente.

Una vez que hemos interrogado a los materiales, estos nos han contado algo acerca de su antigüedad. De los dos niveles previos a la romanización, el inferior apenas entregó fósiles arqueológicos y éstos no ofrecen muchos rasgos que nos ayuden a precisar su cronología. En este sentido, nos hemos servido de la presencia exclusiva de bicromía en la cerámicas pintadas para incluirlo dentro de los ambientes tardoceltibéricos de mediados del siglo I a. C.

Por debajo de este nivel nos quedaban por fechar las estructuras excavadas en la tierra natural, en este caso, la ausencia no sólo en toda nuestra estratigrafía sino también en el resto de las excavaciones de Ávila de cerámicas celtibéricas clásicas vigentes desde el siglo IV y hasta finales del II a. C., que sí comparecen en castros vettones como Las Cogotas o Salmantica, nos servía como argumento para proponer que esa compleja fase de tallado de estructuras aconteció en un momento indeterminado de los cincuenta primeros años de este siglo I a. C. El único dato que en cierto modo podía hacernos pensar en una fecha más antigua es el vaso trípode con decoración a peine aparecido en el nivel indígena superior, pues la cronología de esta producción nos lleva a los siglos IV y III a. C. La no documentación de otras piezas peinadas en las excavaciones practicadas en Ávila hace que tengamos que

manejar este dato con sumo cuidado, pues aunque parece insinuar que el cerro de la ciudad tuvo algún esporádico uso en esos siglos, lo cierto es que no ha dejado huella estratigráfica.

El nivel superior previo a la llegada de las producciones romanas proporcionó un fragmento de cerámica policroma que permite situarlo en la segunda mitad del siglo I a. C., cosa que ya sabíamos dada la cronología deducible para el estrato anterior, pudiendo alcanzar las primeras décadas del siglo I d. C. Por otro lado, la presencia exclusiva de piezas tardoceltibéricas dentro de la producción pintada, sin que todavía arriben los productos de Clunia o de los talleres altoimperiales de la Meseta Sur, nos indica fechas anteriores a mediados del siglo I d. C. La cronología se puede precisar algo más teniendo en cuenta que el primer nivel romano presenta, como veremos en el artículo que a él dedicamos, sigillatas itálicas y sudgálicas que pueden llevarse hacia los años 40 d. C. Muy posiblemente, por tanto, estemos ante un nivel detrítico, una acumulación de desechos producida en esta zona una vez que las estructuras inferiores habían sido amortizadas, cuya formación es algo dilatada en el tiempo, iniciándose en un momento indeterminado que tal vez ronde el cambio de era y prolongándose hasta el final de la dinastía Julio/Claudia. En el último tramo de este lapso de cerca de cincuenta años debió incorporarse al conjunto de desechos el fragmento de plato de imitación rojo pompeyano, cuya fecha cuadraría así con el momento de explosión de las imitaciones regionales de los platos legionarios, hipótesis que nos parece más fácil de sostener que considerar que se trata de un ejemplo de esas rarísimas imitaciones tempranas.

Así las cosas, volviendo a las teorías antes expuestas sobre el origen de la ciudad, los resultados de nuestra excavación parecen apuntalar la idea de Esparza y Martín Valls (1992) sobre una fundación ligada a la conquista romana y a su política de forzar el abandono de los castros en favor de emplazamientos en llano, fácilmente controlables y con acceso a los recursos económicos de los valles que pudieran ponerse al servicio de las necesidades de la metrópoli. Defienden estos autores una cronología postsertoriana para los inicios de la *Obila* citada por Ptolomeo, en un momento sincrónico al abandono de los castros, teoría que aunque con matices ha sido retomada por Álvarez Sanchís (1999 y 2001).

Como decimos, esta teoría resulta sin duda muy atractiva a la luz de los datos proporcionados por nuestra intervención. Efectivamente, hemos probado la presencia de dos niveles en los que comparecen cerámicas pintadas de clara raigambre indígena además de otras de tipo común, rastreando en el segundo de ellos alguna influencia romana. No documentamos, sin embargo, entre estos materiales fragmento de sigillata alguno, piezas estas que junto con otras que evidencian también un alto grado de "romanización", como las lucernas, sí están presentes en los dos depósitos que se les superponen. Como hemos tenido ocasión de comentar, estos dos niveles previos a la incorporación de las sigillatas cubren un lapso cronológico que abarca desde la mitad del siglo I a. C. hasta aproximadamente los años 40 d. C., remitiendo las estructuras talladas en la tierra natural, a falta de materiales más antiguos, a la primera mitad del siglo I a. C. En definitiva, estas circunstancias están hablando de un poblamiento que parece abarcar la mayor parte del siglo I a. C., sin que pueda remontarse más atrás.

En cuanto al carácter de este enclave, nuestros materiales parecen evidenciar en sus orígenes un ambiente marcadamente indígena, como así lo atestigua la presencia de cerámicas pintadas con evidentes paralelos en los conjuntos de la época de las dos mesetas. Este perfil vetton de la alcaería se mantiene a lo largo de la primera mitad del siglo I d. C., protagonizado por el nivel superior, donde creemos percibir ciertas influencias que parecen marcar el inicio de la romanización. Nos referimos, ya lo hemos dicho, a algunos rasgos de la

cerámica común y a la llegada, en el momento final de la formación de este depósito, de un plato de imitación rojo pompeyano que tal vez pudo acompañarse de algunas importaciones de sigillata itálica que por su fecha comparecen relativamente fuera de contexto en los niveles posteriores romanos.

En resumen, con estos nuevos datos parece que puede dudarse de la idea mantenida por Rodríguez Almeida (1981) o Mariné (1995) acerca de una fundación a mediados del siglo I d. C. realizada *ex novo* y con carácter campamental, o al menos pseudomilitar, una especie de colonia de veteranos, aunque nunca tuviera jurídicamente este estatus. Por contra, creemos que el primer establecimiento, realizado ya cuando todo el territorio de Ávila era de dominio romano, está protagonizado por una comunidad indígena, posiblemente resultado de la concentración de los vettones que descienden de los castros. Si esta fundación se realiza por iniciativa indígena o por orden directa del conquistador lo ignoramos, lo que sí sabemos es que en este momento las influencias de la nueva situación política no trascienden al plano de la cultura material. Estos vettones siguen usando sus cerámicas tradicionales y no hemos encontrado el menor indicio de que emplearan materiales constructivos romanos ni que vistieran o alumbraran sus casas al modo latino. Andando el tiempo sí lo harán, y hasta es posible que la ciudad se adapte a un plano vitrubiano, pero esta es otra historia, una historia, la de la romanización de esta primera comunidad indígena, que contaremos en otro capítulo.

Bibliografía

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*. Madrid.
- ALCORTA IROSTARZA, E. J. (1991): “Cerámica de cocina e mesa na Galicia romana a través do achádegos de Lucus Augusti”. *Larouco*, 1: 35-52.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (1999): *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, I. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2001): “Los vettones”, en *Celtas y vettones. Catálogo de la exposición*. Diputación provincial de Ávila: 259-277
- BARRACA DE RAMOS, P. (1998): “La cerámica pintada del Valderrábanos”, en M. Mariné y E. Terés (Coords.), *Homenaje a Sonsoles Paradinas*: 95-105. Asociación de amigos del Museo de Ávila. Ávila.
- BENEÍTEZ, C., HEVIA, S. y MONTES, R. (1999): “Cerámica común romana del Chao Sanmartín (Grandas de Salime, Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa”. *Lancia*, 6.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1986): *Coca Arqueológica*. Madrid.
- (1993): “La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX: 113-139.
- CABALLERO ARRIBAS, J. (1996): “La plaza de San Vicente de Ávila: Necrópolis parroquial y nivel romano”. *Nvmanía, Arqueología en Castilla y León*, 6: 139-152. Valladolid.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (2003): “Cristianos y mudéjares en el Ávila de los siglos XIII al XIV: una aproximación desde los documentos arqueológicos”, en VV.AA., *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila. Pags. 93-142 y 143-149.

- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1996): “Arqueología Preventiva y de Gestión. 1993/1994”. *Nymantia, Arqueología en Castilla y León*, 6. Valladolid.
- (1999): “Arqueología Preventiva y de Gestión. 1995/1996”. *Nymantia, Arqueología en Castilla y León*, 7. Valladolid.
- (2003): “Arqueología Preventiva y de Gestión. 1997/1998”. *Nymantia, Arqueología en Castilla y León*, 8. Valladolid.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- GARCÍA MERINO, C. (1990): “Algunas consideraciones sobre la cerámica celtibérica pintada y su evolución hacia la pintada de época imperial: el caso de Uxama”. *Archivo Español de Arqueología*, 161-162: 115-135.
- GARCÍA MERINO, C. y SÁNCHEZ SIMÓN, M. (1997): *Uxama II. La casa de la atalaya*. Studia Archaeologica. Universidad de Valladolid
- LARRÉN, H. y TERÉS, E. (1987): “Excavaciones de urgencia y documentación de hallazgos arqueológicos en la ciudad de Ávila, 1986”. *Cuadernos Abulenses*, 7 (1987): 165-216.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (1992): “Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (edi.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3. Madrid, pags. 259-279.
- MARTÍN VALLS, R. (1976): “Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo”. *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 373-388.
- MISIEGO TEJADA, J. C.; SANZ GARCÍA, F. J.; MARCOS CONTRERAS, G. J. y MARTÍN CARBAJO, M. A. (1999): “Un complejo artesanal documentado en la calle Arcediano de Salamanca. Aproximación a la funcionalidad de un sector de la Antigua *Salmantica*”, en R. de Balbín y P. Bueno (Eds.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo IV. *Arqueología romana y medieval*: 195-209. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques. Zamora.
- POLO LÓPEZ, J. (1998): “Producciones cerámicas de la Meseta en época romana: TSH brillante y pintadas de tradición indígena”. *Complutum. Roma en el interior de la península Ibérica*: 155-173. Caja Madrid. Madrid.
- QUINTANA LÓPEZ, J., CRUZ SÁNCHEZ, P. J. y CENTENO CEA, I. (2001): *Estudio de los materiales arqueológicos de la excavación de la Plaza de Santa Teresa de Ávila*. Estudio inédito depositado en el Ayuntamiento de Ávila.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y CENTENO CEA, I. (2003): “*Ab urbe condita*. Sobre los orígenes y la romanización de Ávila”, en VV.AA., *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila. Pags. 43-89 y 143-149.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. (1981): *Ávila Romana (Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio)*. Caja de Ahorros de Ávila. Ávila.
- ROMERO CARNICERO, M. V.; ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): “*Cauca* en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*: 223-261. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- RUIZ ENTRECANALES, R. (2003): “Excavación y materiales arqueológicos”, en VV.AA. *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila. Pags. 13-39.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1988): “Un interesante conjunto cerámico ‘tardoceltibérico’”. *Sautuola*, V: 81-113. Santander.

- SANCHIDRIÁN GALLEGO, J. M. J. (2003): “Historia, leyenda y tradición. Aproximación cultural a una plaza”, en VV.AA., *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila. Pags. 151-219.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- VV.AA. (2003): *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila, Área de Urbanismo.